Dicho sea en honor de la verdad y del laborioso, católico y sensato D. Higinio Ciria, Archivero de Madrid, ya ha comenzado tarea tan meritoria este escritor con dos preciosos folletos, titulados *Los toros de Bonaparte y Fernando VII y la Constitución de Cádiz.* «Monografías de este género, dijo nuestro J. M. y Saj, al elogiar al primero, se necesitan para proveer los arsenales científicos de material de guerra con que derribar nuestra falsa historia del siglo pasado, escrita casi siempre por enemigos de la gran madre Patria y de la más grande madre la Iglesia. Estos estudios peculiares de hechos y personajes históricos irán reconstituyendo el pasado, mal que le pese á la conspiración del silencio y á la conspiración de la calumnia.»

Así es y no queda sino desear al autor de *Santa Teresa* y *Felipe II* una serie de sus *Episodios.... liberales* tan larga como por desgracia lo es la de Pérez Galdós, para gloria de la verdad, de España y de Dios.

II

De mi rincón. Son narracioncitas ó cuentos, con un final tendencioso y afilosofado: «que para gobernar no basta cabeza, si no hay corazón»; que «también es agradable á Dios el trabajo»; que «el afán moderno de riquezas torna decrépitas la tradición y la poesía»; éstas y otras máximas así forman la filosofía barata, diluída en estas páginas, sin que falten algunas con su agridulce de escepticismo ó incredulidad, como que «el santo hoy se ha quedado sin misa», que «la nube salida de la fábrica fué tan acepta á Dios como la del incienso sagrado.....»

Pero en el estilo y lenguaje está lo más reparable de esta obrita, por haber querido su autor sacar en público las frases y vocablos más inauditos que en su memoria atesoraba: notable y loable esfuerzo, si hubiera evitado el escollo de innovar inútilmente palabras con pérdida de la amable y cándida naturalidad.

* * *

Gondar y Forteza, por el Marqués de Figueroa.

Este librito es una remembranza del turbulento período de la república española, en forma narrativa y novelesca. Nada en él hay lúbrico; nada reprochable para la más honesta crítica, y por razón tan principal no merece el autor sino enhorabuenas.

Mas ¿cómo las ha de merecer por el conjunto del cuadro? Todo él parece asemejarse á

la falseada tesis de *Los dos Fanatismos*, de Echegaray. En *Gondar y Forteza* salen igualmente calificadas, ó mejor, descalificadas la guerra cuyo móvil es la religión, y la que no tiene otro que el pillaje y la impiedad, con pretexto de que en ambas se cometen crueldades; allí se asienta como tesis que «los religiosos superficiales, los que tienen la religiosidad muy en la apariencia y á la vista, pero no en lo íntimo, son, por obra de su misma superficialidad, intolerantes y exagerados; mientras que aquellos que tienen la religión dentro, en lo hondo del alma, por caritativos y mejor pensados, son tolerantes y benévolos». A tenor de este principio, entendido á su modo, salen dibujados los caracteres.

En efecto, toda la novela respira aquel anhelo hoy día tan de moda de empujar á la Iglesia y á los católicos á la sacristía despojándoles de toda iniciativa de todo fervor, de toda valentía en herir y acorralar á los enemigos de Dios.

* * *

Apenas si merece más que una cita el libro de Nicolás de Leyva, que se titula *Cuentos en papel de oficio*, cuyo exclusivo mérito es la originalidad de haberse inspirado de puertas adentro de la Audiencia: están escritos estos cuentos como estudios á lápiz de la realidad, y Leyva ha evitado el escollo del impudor.

* * *

Al joven catedrático de Ciudad Real D. José Rogerio Sánchez, se debe otro tomito de narraciones frescas, sanas, limpias de polvo y paja, que intitula *Á toda luz*. Los argumentos son honestos: uno es un cuento árabe, donde el autor adopta una ortografía bastante exótica, sin acomodarse á la tradición de nuestros buenos autores castellanos, ni al espíritu de la Academia en este punto; el otro es cuento indio, y los dos restantes, que son los mejores y mejor escritos, son castellanos. *Mariblanca*, de desenlace francamente católico, aunque poco preparado, impresiona agradablemente por la nobleza de todos los corazones que allí se descubren. *El maestro de música*, impregnado de dulce melancolía, deja agradable y estético recuerdo. Lástima tropezar con algunas indudablemente erratas; v. gr.: «*foragidos, que acudían á robar las caravanas de peregrinos para orar*»; «se contentó con *sacarlo* los ojos y *dejarle*», etc.

* * *

Sárica, la Borda. Novela de costumbres aragonesas, por Juan Blas y Uribe.

Como el título lo indica, ha querido el autor, y se complace en ello, pintar al vivo costumbres de Aragón. La novela, por lo demás, es de una honestidad puramente natural, de un argumento que, por lo *realista*, aflige más que deleita al lector, y de un lenguaje abundante, apropiado y lleno de interesantes modismos aragoneses.

* * *

Armando Palacio Valdés nos ofrece su *Aldea perdida*, novela-poema, como él la llama (cual si toda novela no fuese poema), por la forma de imitación ó parodia de los poemas homéricos. ¿No hay en esto un asomo de ironía? ¿No vaga en los labios del novelista sonrisa socarrona al entonar aquellos ditirambos á los testarazos y garrotazos que se arriman Quino, Toribión de Lorio y el invencible Nolo?

El blanco de Palacio Valdés no es otro que lamentar la generación aldeana, franca en sus algazaras, sin hiel en sus peleas, frugal en sus festejos, casta en sus amores, borrada por la ola ennegrecida de la población minera, blasfema, lujuriosa, vinosa, sanguinaria, sucia y negra, más que de rostro, de alma. Y esto lo

consigue. El aura fresca de los valles de Asturias, donde la ligera y vulgar acción se desenvuelve, hinche de perfumados aromas estas páginas, retirándose y replegándose al avanzar el huracán de la civilización material, de la ambición y del vicio en las alas del ferrocarril minero. El momento escogido por el novelador es crítico: aquel en que la paz de la sierra es turbada por las calas de atrevidos ingenieros que perforan su corteza en busca de la vena carbonífera, en que activos y ávidos comerciantes posponen el pacífico rendimiento anual de las castañas, las panojas y la borona al afanoso y titánico de la explotación del mineral ó la hulla.

¿Qué decir de esta tesis? Que tal como la presenta Armando Palacio no convence. Por eso cuando el excéntrico D. César la defiende al empezar la novela, se recibe con una mueca de escepticismo, y cuando por colofón del libro, «trémulo de indignación, con sus blancos cabellos flotando, los ojos chispeantes, los puños crispados», el mismo D. César, ante una matanza y un choque de los hijos de la mina con los hijos de la gleba, exclama: «¿Decís que ahora comienza la civilización?..... Pues bien: yo os digo..... ¡oidlo bien!..... yo os digo que ahora comienza la barbarie»; cuando dice esto D. César el lector no sabe si el loco habla en loco ó en cuerdo, y sigue escéptico.

Es que el novelista no ha presentado más que el lado estético.

Hubiera dicho que el valle patriarcal no había sido obra del acaso moral, más imposible que el acaso físico; ni de la estupidez del esclavo, que canta al són de sus cadenas, sino de la educación religiosa y moral del Catolicismo, que trae en sus alas la franca risa, la paz dulcísima, la resignación que cicatriza las heridas, el amor que funde orgullos, la castidad que da recato á la doncella, fecundidad al tálamo santificado; hubiera dicho que el vértigo moderno, con su séquito de impudor, de huelgas, de ambiciones, de blasfemias, es el producto de una generación educada sin Jesucristo y sin la Virgen; que si así no fuera, la negrura del carbón, el olor acre del sudor, la vida subterránea se iluminaría con luz del cielo, se aromatizaría con perfumes de virtud, se blanquearía más que la nieve, y entre hulla y mineral, al sol ó bajo tierra, con ferrocarriles y sin ellos no se hubiera perdido nunca lo encantador, lo único encantador de aquella aldea. Hubiera dicho esto el autor, y entonces, no un semiloco, sino un profeta hubiera podido cerrar la novela exclamando con verdad que todos los lectores hubieran sentido: «Oidme, cielos y tierra; oidme bien: ¡ahora comienza la barbarie!»

* * *

Doña Emilia Pardo Bazán ha reimpreso su novela *Misterio*, que no enrojece al lector, ni se precipita por pendientes híbridas, resorte tan usado, por desgracia, por esta noveladora. El principio es de creciente interés; al llegar á la cúspide, cuando el protagonista, que no es otro que el pretenso Luis XVII de Francia, aparece en plena luz, el interés se derrumba; nos persuadimos que aquel Capeto vale menos que cualquier otro personaje secundario: le vemos gradualmente achicarse, ponerse en la boca del león, entregar por sensiblería su secreto y su personalidad en manos de su enemigo, derrochar la sangre de sus leales, y al verle volver á ser el mecánico Dorff, nos encogemos de hombros, desatendemos las declamaciones de novelista y aplicamos al rey un verso de Tamayo:

Pues quieres ser esclavo, debes serlo.

* * *

Héroe más inodoro, incoloro y hasta insípido que el Juan, porque hasta Juan se llama, de *Reposo*, novela de R. Altamira, nadie lo puede haber soñado. Se trata de un hombre, por supuesto sin religión, que desea calma, lejos de la tempestuosa vida madrileña; toma el tren, se tumba, se amodorra y llega á las

playas valentinas, fin y meta de su viaje. Aquí, con paseos reposados, conversaciones frívolas, sin disputar, sin acalorarse, creo que hasta sin sal en la comida, pasa unos días como un ave zonza, hasta que un día, ¡pícaro día!, como él es para sus entretelas muy Quijote, se exalta, se atufa y se incomoda por una distribución de aguas. Esto le hace conocer que no se ha hecho el reposo para él; pesca el tren y se zambulle otra vez de hoz y de coz en la batahola de Madrid.

Y basta de esta novela, que pertenece á la *Biblioteca de novelistas del siglo XX*, donde figuran autores tan católicos como D. Arturo Campión, cuya novela *Easo* se anuncia, y tan racionalistas y anticlericales como D. Miguel de Unamuno, cuya es *Amor y Pedagogía*, ya publicada.

* * *

De la misma Biblioteca es *El Mayorazgo de Labraz*, zolesca novela de Pío Baroja. Y con esto ya está dicho todo: la gente de Iglesia, unos tunantes; los hombres virtuosos, aquellos que para con Dios y los hombres viven, en frase de la Sagrada Biblia, *sicut equus et mulus*..... Baroja les llama *intelectuales*. Lo curioso en esta obra es la erudición de extranjeros, Byron, Víctor Hugo, Shakespeare, Dickens, Heine, Richter, etc., con que, á modo de textos, ha exornado el autor la cabeza de los capítulos. Cómo se me vino á la memoria la recomendación burlona de Cervantes de «buscar un libro que los acote todos, desde la *A* hasta la *Z*», que bien podéis, empezando por Adisson y acabando por Zola, y «cuando no sirva de otra cosa, servirá aquel largo catálogo de dar de improviso autoridad al libro».

* * *

Y tras esto, *non raggionam di lor;* mas pasemos sin mirar siquiera. Viene la novela desvestida, que empieza en *Sed de amar*, francamente obscena, y siguiendo por Blasco Ibáñez y por Sanchís, llega á las infinitas traducciones licenciosas de los transpirenaicos malhechores literarios.

III

La obra de mamá Dolores. Novela de costumbres, por Ω.

Toda esta novelita es un cuadro donde quiere el autor carear los dictados de una educación vana y mundana con los de otra sólida y cristiana. Esta es la *obra* de la anciana abuela, *de mamá Dolores* en el alma de la joven María, á

despecho de las locuras de su madre Margarita. Estos principios sólidos alientan á María, aun en los crudos instantes del martirio, y por ellos prefiere cualquier padecer á la ofensa de Dios. El novelista afirma ser el hecho histórico. Por su parte, él le ha sabido dar estilo lleno de atractivo, lenguaje propio y castizo.

* * *

Don José de Elola, no sólo sabe como militar estudioso y digno profesor de la Escuela superior de Guerra publicar obras técnicas de Topografía, apreciadas por su relevante mérito, sino que sabe describir amenamente ó trágicamente, pero siempre concisa, viva y artísticamente. *Corazones bravíos* es un fragmento de realidad; la hidalguía y los celos luchan tempestuosamente en el campo de corazones bravíos, salvajes más bien, como la mar de que son rudos hijos; pero la hidalguía triunfa una y dos y tres veces. Todo lo que de borrascoso tiene el fondo de este cuadro, que al fin es un idilio, tiene de luminoso el otro de *¡Vivan los toros!*, que es una horrenda tragedia. No maneja mal el lenguaje, pero el Sr. Elola maneja el pincel mejor, mucho mejor que el lenguaje.

* * *

El duro del vecino, de D. Luis Montoto, conocidísimo vate hispalense, es una segunda parte de *Los cuatro ochavos*, y deja fallido una vez más el aforismo cervantino, porque es buena y mejor que la primera.

Los cuatro ochavos acaban con un delito que deja una herencia de oro en las arcas de Teodora, y otra de deshonra y luto en el nombre de Soledad. *El duro del vecino* es la expiación. Teodorita no ha sido feliz con la herencia criminal; el lujo y la ambición no dicen jamás basta; su hijo Fernandito es un vago, retablo de todos los vicios; la enfermedad asquerosa y larga de la perlesía se ceba en su esposo Ricardo. Mas aquella mujer ó fiera, indomable en su codicia, resuelve atentar contra el duro del vecino, dirigiendo sus astucias y silbos de culebra á conquistar para Fernandito el corazón ingenuo de una joven que, bien acomodada, vivía en el pueblo adonde ella había venido á esconder su bancarrota. Lo consigue, y el duro del vecino ya es suyo. Pero los vicios del adolescente traen el divorcio, la ruina y la muerte de su esposa. Teodorita se ve reducida á morir en las Hermanitas de los Pobres, donde la esperaba Dios, pues la calumniada Soledad, con el nombre de María del Perdón, escondía allí su vida y su desgracia. Este reconocimiento acerbo y dulce cierra la novela.

Dentro de un argumento conocido y de si-

tuaciones nada nuevas, el autor sabe hallar interés y vestir su asunto de una elocución, si no tan chispeante como la de su paisano Muñoz y Pabón, más clásica y cervantista.

* * *

De su novela social *Pedro Juan y Juan Antonio*, bien desarrollada y mejor concebida, ha querido hacer D. Modesto H. Villaescusa un libro de propaganda antisocialista y cristiana, que se lee con interés y con emoción saludable. Los dos héroes aragoneses, primero rodeados de la felicidad modesta y sencilla de que disfrutan en la *Tierra baja*, bañada y fertilizada por el Ebro, excitan la mayor simpatía; es acaso lo mejor de la novela.

Desde que Pedro Juan y Juan Antonio se lanzan, dejados los bancales, á servir de jornaleros en Barcelona, es decir, desde que se lanzan al vórtice hirviente del problema social, la novela pierde de su encanto.

Con originalidad y tino mezcla el novelista la descripción de Barcelona, la del original templo de la Sagrada Familia, allí en sus suburbios en construcción; la de los actos católico-sociales del Patronato de San Claver, sostenido por la Congregación admirable de Jóvenes barceloneses Congregantes de la Inmaculada.

Todo eso está muy bien traído y cumple su cometido en la novela. Mas, á pesar de todo, la impresión de esta segunda parte no es tan viva como la de la primera, y debía serlo más.

¿Por qué? Acaso porque la perversión de Juan Antonio y su reducción al buen camino, porque las crisis nacionales y la crisis obrera catalana, porque los mítines y asambleas populares, las llagas de la industria y de fábrica, las huelgas, y, sobre todo, la huelga general, están no expuestas, no amplificadas, no desentrañadas según su dignidad, sino esbozadas, diseñadas, borroneadas; acaso la grandeza del asunto oprime al novelador; acaso no basten las reducidas páginas que él le consagra para un asunto tan complejo y trágico; acaso haya otra causa para mí desconocida.

Finalmente, el lenguaje y el estilo dejan algo que desear; en cambio, los caracteres son seguros, bien delineados, buenos, y entre todos descuellan los dos protagonistas, los dos almogávares, Pedro Juan y Juan Antonio.

* * *

Una penitencia. Don José Ciurana y Maijo, autor del drama *Fe, Patria, Amor*, escrito en catalán y con sanas tendencias, ha compuesto en castellano esta edificante novela.

Rodrigo, ilustre hijo del conde D. Nuño,

había llegado al apogeo de su fortuna: bello, valeroso, afortunado, conseguía la palabra matrimonial de María, virtuosa y discreta hija de D. Alvar, señor feudal, como D. Nuño, y que hasta entonces había andado en agrias reyertas con la casa de éste. Los valles de Asturias, donde la acción se desarrolla, y los principios del reinado de Alfonso VII, época de la acción, aparecen bañados en torrentes de felicidad y de paz.

Mas D. Rodrigo, de natural colérico y escandecido por las insolentes burlas de un viejo y vinoso juglar, le persiguió espada en mano y le hirió gravemente, á pesar de que el follón había buscado refugio en el sagrado del templo de Dios. Vuelto en sí de su arrebato el homicida y sacrílego D. Rodrigo, se impuso la ruda penitencia de peregrinar á Roma por el perdón y desaparecer del mundo por un año.

Cuando ya todos le tenían por muerto, vuelve á los valles y lugares de su nacimiento á fin de apurar las heces del cáliz de su penitencia. Aquí está lo culminante de la acción, y para D. Rodrigo lo más áspero de su calvario. Sobresaltos, dudas, humillaciones, resistencias de su corazón, amargas tribulaciones, todo lo sufre con ecuanimidad; mas, á deshora, sabe que María, su prometida, va á pasar á un primo suyo, Sancho García, desesperados ya sus padres de que reviva el antiguo esposo, y mal

avenidos á que su hija quede siempre viuda y sin casar. La lucha de Rodrigo es cruel: María está firme en su primer amor, pero cede á las instancias amorosas de sus padres; Sancho está fiero y orgulloso con la victoria; Rodrigo agoniza bajo el incógnito y el sayal de su penitencia.

El desenlace, que no sorprende por lo cándidamente preparado, se adivina. Un P. Gonzalo, confidente de Rodrigo, y ángel de consuelo para su alma, consigue con plazos, mejor ó peor urdidos, dilatar los esponsales de María y Sancho hasta el feliz momento en que concluye la penitencia de Rodrigo. La ceremonia, pues, que comienza de gloria para Sancho, se trueca al aparecer y sincerarse D. Rodrigo.

Todo en esta novela es cristiano, todo dramático, todo fielmente pintado.

Buena concepción, disposición conveniente, fácil y sobrio pincel, aunque á veces de artificio sea sobradamente franco. Lo más débil es e lenguaje, que por lo premioso y aun incorrecto, muestra que al autor no es natural la lengua de Castilla.

* * *

La indiferencia, la incredulidad, la petulancia, el descoco, el impudor y la desembozada

pornografía abren cátedra, mejor dicho, mercado público de todas sus más incitantes mercerías en lo que ha conservado el nombre de literatura y no es más que veneno de ideas envuelto en el papel de estraza de una forma barbarizante y ridícula. Hasta ahí hemos llegado en la pendiente literaria. Lo peor es que no nos paramos. ¡Va París tan adelante!.....

Por eso merecen alabanza los autores que añaden á ideas puras y nobles hablar castizo, llano y transparente como son todos los premiados en *Biblioteca Patria.*

A don E. Menéndez y Pelayo le cuadra bien el elogio hecho por el maestro de novelistas Pereda de su novelita *La Golondrina:* «La creo merecedora del premio (propuesto en el concurso abierto por la biblioteca *Patria*) por la pureza y limpidez de su lengua, la agudeza de sus conceptos, la verdad humana de sus personajes, la cristiana nobleza de su pensamiento generador y la interesante y artística sencillez de su contextura.»

Don R. de Solano y Polanco obtuvo asimismo premio en el mismo concurso y parecida alabanza del mismo insigne maestro: «Con ser el mismo (que el de *La Golondrina*) el sano ambiente que circula en sus páginas, hay en el asunto de *La Tonta* una marcha desembarazada y valiente que atrae; cierto *bien hacer* sin violencia, ni tropezones, personajes bien

concebidos, algunos superiormente; interés, por tanto, en la fábula y un aura de poesía que no abandona nunca á sus tendencias románticas.»

La tercera novelita premiada es *Epistolario*, por el joven Federico Santander Ruiz Jiménez. Está preciosamente escrita, su acción sentida é instructiva, y bien merece el autor felicitaciones, deseándole que este *boceto de novela* sea la aurora de brillante carrera literaria.

* * *

Dedicaremos algún estudio, aunque breve, á las dos primeras.

Y sea la primera *La Golondrina.*

Su asunto, sencillísimo. En la montaña, en lo más alto de la montaña, en un casón señorial de mole casi cuadrada, vivía Pedro de Rudagüera, hombre de humor melancólico y que, aunque por pudor ó por orgullo aparentaba serenidad, escondía, no obstante, en su corazón una llaga inmedicable que no podía impedir hiriesen los infinitos acasos de la vida. Vivía solo, con reducida servidumbre: la cocinera Ritona; Sinda, vieja malhumorada, pero leal como ella sola; Hilario, «que teniendo horas de hortelano, horas de caballerizo, sus ratos de mayordomo y sus días enteros de ganadero y de feriante, éralo todo, y además

buena persona de los pies á la cabeza», y, por último, una sobrina de Hilario, Rosuca, montañesica angelical, de cuerpo y espíritu aristocráticos, creciendo entre las rudezas de aquellas peñas y las estrecheces de su modesta condición, y por fin, como complemento de Rosuca, un gatito joven, á quien apoda finamente el autor de «atildado y pulcro, que hasta creo que se rizaba el bigote». No eran más los moradores de la casona montañesa, ni más los actores de la novela, si se añaden el bueno de D. Marcelino, cura párroco, y el bueno de Robustiano de la Llamosa, médico titular del partido, que recuerdan muy mucho al D. Sabas Peñas y al Neluco de *Peñas arriba*, y que intervienen bastante poco en la acción.

Me equivoco; hay otros actores; toda la novela la llena con su fama, con su sombra, con el perfume casto de su amor, afabilidad, dulzura, religiosidad, con los atractivos de un carácter llano, franco, amigable la *Golondrina*.

Y ¿quién era la *Golondrina?* Dos señoras gaditanas, Anita y su sobrina Mercedes, solían venir los veranos á pasarse los meses de calor en la montaña y á gozar de la hospitalidad de los honrados montañeses, y como antiquísimas relaciones ligaban esta familia con la de Pedro, hacía tres años que tía y sobrina veraneaban en el casón de Rudagüera. Mercedes, pues, era

la *Golondrina*, que, con sólo el anuncio de su próxima llegada, hacía salir de sus libros y de su melancolía á D. Pedro, obligaba á ir y venir como azacán á Hilario, desarrugaba el entrecejo de la avinagrada Sinda, turbaba la rutinaria legislación culinaria de Ritona, sumergía en sueños de aprendizajes elegantes y distinguidos á Rosuca, electrizaba al minino y hasta conmovía alegremente al venerable D. Marcelino y casi detenía en sus excursiones cinegéticas al médico Robustiano.

El novelista, con galana prosa y rico lenguaje, nos va haciendo asistir á estas alegrías, fiestas, preparativos y faustos anuncios, hasta que, al ir á enarbolarse en la huerta el arco triunfal, se recibe un telegrama que hunde toda la casa en ansiedad, consternación y agonía. Mercedes, la *Golondrina*, ha quedado malherida en el vuelco de su carruaje. La tristeza se va aumentando, hasta que, como ya se prevé, llega la fatal noticia de su muerte. Pedro naufraga para siempre en su dolor; Hilario no atina con un consuelo proporcionado; Sinda solloza; Rosuca llora largamente, mansamente, y el viejo caserón queda sin que nadie para siempre alegre sus ventanas.

Este el argumento desarrollado sin pretensiones, pero con justeza en la novelita de don Enrique Menéndez y Pelayo, cuyo mayor mérito está, á mi parecer, en lo que moderna-

mente se ha dado en llamar equilibrio artístico. Es una obrita donde todo está equilibrado: la idea es bella, agradable, deleitá; la forma es florida sin exceso; llana, sin dejadez, se ajusta á la idea pero no la estrecha; la deja holgada, pero sin redundar en palabras; los caracteres son comunes, pero no vulgares; no son tipos, y están delineados con amable sencillez. El lenguaje es puro, castizo, variado y rico.

* * *

No estriba en este equilibrio laudable el mérito no vulgar de *La Tonta*. En ella hay más ideas que formas, y éstas se ciñen y ajustan á la idea de arte que la aprietan, y las ideas se vengan reventando por salir y haciendo en más de una ocasión que las palabras y el estilo no puedan llegar al encanto intenso que ellas en su desnudez producen.

La Tonta, que es la protagonista, es una vagabunda y pordiosera que aparece arrebujada entre harapos sobre el diván de un estudio de pintor, donde está sirviendo de modelo: es una criatura alelada, casi no es mujer más que en lo exterior. Sobre ella caen las miradas del pintor León, del médico Jesús ó *Chucho* y de su hermana Isabel, pero ¡cuán diferentemente! León, de pecho leal y artístico, la ama; ama

sus formas corporales, pero siente en ella otra cosa inexplicable y que él no cuida de explicarse tampoco; en suma, la ama dignamente. Jesús, como está resabiado con la asidua lección de librotes materialistas, la quiere para estudiarla, para buscar en ella si el pensamiento es ó no una secreción cerebral, para sorprender, si puede, el advenimiento del espíritu. Isabel la quiere para la piedad y para Dios: la quiere enseñar, quiere inspirarle sentimientos religiosos, la enseña á rezar. He ahí toda la novela.

El pintor ama y acaricia á la pobre Tonta. Chucho la molesta con observaciones, experiencias, aparatos, y hasta llega á punzarla; Isabel la envuelve en cariño sagrado, la viste, la adorna, le enseña á rezar, la lleva á Lourdes..... Estos cuatro personajes están soberanamente pintados: son originales, definidos, intensos, vivos, reales, son personas de carne y hueso. No lo es menos Carlos, figura secundaria, pero bien hecha. Es un notable oficial de caballería, notable electricista, notable bebedor, notable en todo: Isabel le amaba y era correspondida; hasta llegó á creer que por su amor había Carlos roto relaciones con la ginebra, pícaro amor que lo minaba y consumía. Lo aparentó, pero no fué así. Carlos, alcoholizado, llegó á sucumbir como un can enrabiado.

Este golpe acelera el desenlace. Isabel, he-

rida como por un rayo por la asquerosa revelación del vicio de Carlos y por la lúgubre revelación de su muerte, cae en cama, enferma, muere. Aquel sacudimiento moral despierta á la aletargada Tonta, que recuerda en entrecortada frase las fases de su vida:

—«¡No sé! ¡No sé quién soy! ¡Era muy pequeña, ¿sabes?, era muy chiquita....., me llamaban Clara....., la niña! Uno de barbas blancas me besaba: era papá. Mamá rezaba, rezaba, rezaba como ella, que se ha dormido; me enseñaba Virgen ¡como ésa! Daban bombones. Luego, uno muy negro, de barbas muy sucias, pegarme....., ¡hacía daño! ¿sabes? Tapó ojos, tapó boca....., me puso en noche, muy noche, ¡muy noche! Dormí. Luego la ciega, luego Don, pintar sin ropa, daba caramelos, daba bombones. Luego tú hacerme sangre, andarme aquí, aquí, en cabeza; yo dormida, ¡yo veía todo! Luego ella, ¡como mamá! ¡Rezar como mamá! ¡Llorar como mamá! ¡Virgen me dijo que ella iba á dormir! ¡Virgen me mandó despertar!»

¡Jesús también había despertado! La piedad y la muerte de su hermana, el amor que ya sentía por la Tonta, el renacer de ésta, su amor á la Virgen, habían hecho al médico verdadero creyente. Pero la Tonta era amada de Jesús y de León: ella decidirá; y la elección no se hizo esperar: Jesús la había martirizado, León la había acariciado; era, pues, de León. El pobre Jesús queda al fin de la novela cargado con la cruz que su curiosidad malsana y su falta de fe le labraron: ahora, al menos, cree y se resigna.

DII MAIORES

I. Algo de Sienkiewicz.—*Novelitas cortas.—¡Sigámosle!*

II. De Muñoz y Pabón.—*Paco Góngora.—La Millona. Javier de Miranda.*

III. D. Adolfo Clavarana.—El hombre.—El escritor.